








EL ÚLTIMO REY SOLDADO



José A. Rebullida Porto

EL ÚLTIMO REY SOLDADO





Primera edición: marzo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José A. Rebullida Porto

ISBN: 978-84-16824-92-2

ISBN digital: 978-84-16824-93-9

Depósito legal: M-33755-2017

Editorial Adarve


C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*A mi mujer Marina y mis hijos Jimena y Santiago,
para que nunca dejen de creer y crear.*

*También se lo dedico a todos los que no se conforman
con una única versión de la historia,
porque los verdaderos interesados en conocer la verdad
de nuestro pasado, saber quiénes éramos y
cómo somos sin tener claro a dónde vamos,
son los que nunca dejan de preguntar.*



ÍNDICE

CAPÍTULO 1 EL HALLAZGO	11
CAPÍTULO 2 EL CRONISTA	25
CAPÍTULO 3 FELIPE II REY DE INGLATERRA	35
CAPÍTULO 4 CUANDO EL DIABLO HABLABA FRANCÉS... ..	73
CAPÍTULO 5 GENEROSA CASTILLA	89
CAPITULO 6 UNA TRAICIÓN EN CADA ESQUINA	119
CAPÍTULO 7 SABER ELEGIR	137
CAPÍTULO 8: EL ÚLTIMO REY SOLDADO	173
CAPÍTULO 9 EL DÍA DE SAN LORENZO	207
CAPÍTULO 10 VUELTA A EMPEZAR	243
CAPÍTULO 11 LA MUERTE NO SERÁ EL FINAL	263
CAPÍTULO 12 TOMAR PARTE	279



CAPÍTULO 1

EL HALLAZGO

El tiempo presente

Curvas cerradas y paisajes impresionantes desviaban mi atención de la carretera, conducía rápido y quería llegar cuanto antes. Había interrumpido mis monótonas vacaciones de invierno, después de haber recibido la extraña llamada de mi viejo amigo Salvador Tierra, un ratón de biblioteca que desde hace más de veinte años ocupaba el cargo de archivero mayor en el lugar a donde me dirigía. Me llamó entusiasmado, dejándome no mucho peor de lo que estaba, pero consiguió que cada vez que recordaba la extraña conversación que tuvimos, el gusano de la curiosidad me devorara tímidamente por dentro, sobre todo cuando insistía en decirme:

—Tienes que venir ¡No hay otro como tú para hacer esto! Ha sido una sorpresa increíble. Es algo que no puede permanecer en silencio mucho tiempo, debes verlo antes que nadie.

Fue suficiente, el inventarme una excusa con la que financiar un viaje de regreso a España y que el departamento de mi universidad le diera el visto bueno, ante la posibilidad de proporcionarles un nuevo trabajo. Siempre sabía cómo alimentar la polémica y ellos estaban encantados de convertirse en el centro de atención.

Realmente tuve un viaje agradable y en donde la única idea que me remordía la conciencia era no saber si estaría a tiempo de pasar las fiestas de Navidad con mi hija. Siempre sabía cuándo partía en un encargo de estas dimensiones, aunque era difícil determinar mi vuelta al surgir ocasiones como esta.

Estando ya tan cerca y a tan solo unos pocos kilómetros, podía sentir cierta emoción y la ansiedad por llegar y darle un abrazo a Salvador. Quería volverle a ver y comprobar si el paso de los años había hecho mella en él. Y sobre todo que me revelara ese pretexto indescriptible que no podía contarme por teléfono, pues seguramente era una excusa en la intención de obligarme a hacerle una visita. La verdad, la disculpa era necesaria porque a pesar de estar continuamente en contacto a través del correo o el chat de mí Facebook, vernos lo que es vernos, llevábamos varios años sin hacerlo. Yo siempre tenía alguna justificación doméstica poco creíble para no quedar por darme mucha pereza el viaje desde Canadá. Sin embargo era la hora de volver a España y olvidar mis peores recuerdos y mis miedos más recónditos.

Habían pasado cerca de tres años desde aquel inevitable incidente, condenándome yo mismo a exiliarme voluntariamente de mi trabajo y del país que me vio nacer. Supuse que los ánimos estarían más calmados y aquellos a los que había molestado, ya se habrían olvidado de mí incomfortable persona. Por fin, me podía permitir algo de tiempo libre, abandonando este ostracismo que yo me había impuesto al hartarme de vivir en un país donde las cosas no solían cambiar o lo hacían muy despacio. Era una buena oportunidad, unas vacaciones pagadas que me ofrecía mi universidad sirviéndome para hacer lo que más me apetecía, investigar en algún archivo o vieja biblioteca en busca de algo que no tenía ni idea de lo que era.

Salvador siempre comenzaba sus investigaciones en solitario y más tarde me requería cuando no le quedaba otro remedio o algo importante le perturbaba, dándome sobrados motivos por lo que apoyarle. Seguro que iba a merecer otra vez la pena.

Acababa de adelantar un lento camión obligándome a demorar más la marcha, y al superarlo ya se adivinaba la bella silueta de mi destino, uno de los edificios más visitados del país aparecía ante mí en su magnífico escenario, la montaña de Abantos. Al superar aquel último obstáculo de la carretera, cada árbol ya me resultaba habitual y el resto del camino me dejaba inmerso en recuerdos familiares. Imágenes construidas sobre los años en que habité en esta tierra maravillosa, el lugar donde se ubica el más famoso edificio del siglo XVI. Hace tiempo que

el sitio recibe popularmente el apelativo de la octava maravilla del mundo. El calificativo no es nada despreciable, al contener un grandísimo almacén de sabiduría que a veces todavía oculta tesoros para nosotros los estudiosos de la historia.

No fue difícil aparcar en sus cercanías aquel ordinario lunes en donde las manadas de turistas que llegaban en autobuses me interrumpían continuamente. Unos visitantes que me forzaban al estricto cumplimiento de todos y cada uno de los pasos de peatones que se cruzaron en mi camino. Al fin salí del coche y noté un golpe de viento gélido en mi cara, tan característico del clima de sierra y que se antojaba terrible en la insana costumbre de castigar a cualquier transeúnte, a cualquier valiente que se atreviera a cruzar la planicie impuesta ante mí. Es la explanada antes del edificio y que representa su espectacular carta de presentación y su antesala conocida como la Lonja, lugar por donde se accede a su entrada principal.

Supongo que, a estas alturas, algunos ya habrán adivinado que hablamos del conocido Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, como le nombran ahora sus profanos visitantes y cuyo verdadero nombre dado por su fundador, es el de San Lorenzo El Real.

Yo no podía dejar de pensar al cruzar ese espacio al aire libre, lo presenciado durante siglos por los muchos que pisaron aquellas losas de granito. Había tantos y tantos acontecimientos claves en la historia de España ocurridos en el Real Sitio que los imaginaba aparecer delante de mí. Por allí deambuló gran cantidad de chusma expectante de ceremonias clamorosas y también algo funestas, porque todo lo que aquí se registró durante los últimos cuatro siglos fue la vida de la corte estival más ociosa, la de un Monasterio donde hubo tiempos de amoríos y divertimentos junto a traiciones, conjuras y desencuentros. La paradoja del destino es que los protagonistas de tanto jolgorio celebrado y que habían nacido con tan buena estrella, iban a terminar sepultados bajo el mismo lugar donde se divertían y ahora me encontraba. Esta era la otra misión principal de este portento arquitectónico que iba nuevamente a visitar, la de ser un gran cementerio. Un emplazamiento en donde reposaba una de las mayores concentraciones de realeza enterrada de toda la Europa Occidental, la cual siempre sacudía aún más el morbo de mi histórica imaginación.

Crucé entonces la Lonja titubeando por los resoplos de aire y con la atención desmedida de no resbalar en el mojado suelo. Me estaban esperando y como acostumbraba llegaba tarde. Enseguida superé el control de seguridad y un hermano de la congregación Agustina me recibió, conduciéndome por una estrecha y oscura escalera. A medida que la subíamos me fijé en cada nivel y como estaban selladas las puertas, probablemente solamente accesibles desde el otro lado. Cuando al cabo de tres pisos empezaba a faltarme la respiración, mi guía me abrió la más pequeña y fea puerta de todas las que había visto y me indicó que pasara. Se despidió con un gesto sencillo e hizo el ademán de que prosiguiera solo el camino.

Al entrar en la sala me di cuenta enseguida donde estaba; era la vieja biblioteca, por lo que intenté retrasar mi marcha, gozando una vez más con la magnífica visión de toda la estancia mientras el olor a papel podrido y a rancio incunable me embriagaba. Siempre he disfrutado de un sentido del olfato exacerbado y para esta profesión a veces representa una desventaja, el mareo que te entra en un archivo después de varias horas de oler a tinta vieja y papel putrefacto es insuperable. Levanté mientras caminaba la cabeza y alcé mi vista contemplando las pinturas de Peregrini de las bóvedas y pasé junto a la enorme esfera armilar en el centro de la alargada biblioteca. Pronto mi intento de hacer turismo se veía interrumpido por otro monje que gesticulaba nervioso al verme, con el fin de aligerar mi paso hasta donde él estaba. No reconocí quién era, aunque su silueta deformada por los años me resultaba conocida en el fondo de la oscuridad. Poco le iluminaba el contraluz de su puerta entreabierta y al alcanzarle resultó ser el hermano Giner, lo reconocí al tenderme esa gran mano, casi como la de un jugador de baloncesto. Él seguía siendo un amable impaciente como siempre. En otra época me había facilitado mucho mi labor de joven estudiante, un tiempo en el que investigaba los viejos libros de aquellas librerías.

Entramos los dos en la zona conventual donde residía la pequeña comunidad Agustina, la que habitaba y cuidaba del monasterio. Allí y nada más acceder se encontraba otra pequeña estancia, la habitación en la que los investigadores pasábamos interminables horas consultando volúmenes, documentos y viejos pergaminos. Había para elegir más de

45.000 joyas encerradas en unas estanterías que los monjes guardaban celosamente y cuyo origen tiene más de cuatro siglos.

El monje Giner al dirigirse a mí cortésmente lo hacía sin extrañar el tiempo en que no nos habíamos visto:

—¿Ha tenido buen viaje profesor?

—Sí, muy bueno, aunque el tráfico desde Madrid era horrible —mi disculpa sonó sin mucho entusiasmo y el religioso sonrió asintiendo lo que no se creía.

—Le están esperando desde hace unos veinte minutos —me respondía, al mismo tiempo que tocaba la puerta del despacho contigo con unos leves golpecitos. Enseguida esta se abrió y apareció mi amigo Salvador, estrechándome fuertemente la mano, después me abrazó y completó su afectuoso saludo con varias palmaditas horribles en mi espalda. Rápidamente y cogiéndome del brazo me introdujo en su despacho. Había quedado vapuleado por tanta afectuosidad y lo primero que vi en su lugar de trabajo eran tres viejas sillas de estilo castellano, estando en una de ellas sentado otro fraile cuya aventajada edad e indumentaria revelaba su autoridad en la orden monástica.

—Me acompaña el padre Gustavo Fernández, prior del Monasterio —me decía Salvador tratando de presentármelo de la forma más correcta.

El prior hizo el gesto de levantarse, yo lo evité adelantándome y estrechándole la mano. Siempre que me presentaban alguna autoridad eclesíástica dudaba cual era el saludo más adecuado y la falta de costumbre me llevaba a utilizar formas poco solemnes. Me senté en mi silla reservada a la vez que mi amigo, ahora él era el director de la gran biblioteca y parecía controlar la situación. Al acomodarme enfrente del padre Gustavo, este inmediatamente se dirigió a mí, lo que me llevo a suponer que tenía prisa por su falta de rodeos y de conversaciones superfluas, procedentes de una cortesía en este caso innecesaria. Los dos, prior y director, querían ir al grano del asunto:

—Celebro tenerle aquí profesor Cristóbal San Telmo, o... ¿Cómo le debo llamar? Aunque le conozco de sobra y no necesita más presentación. Salvador no deja de hablarme maravillas acerca de sus logros en paleografía y transcripción de documentos medievales y de la Edad Moderna y, sobre todo me ha insistido acerca de sus novedosos métodos de desciframiento de documentación clasificada y encriptada.

Titubeando cierta humildad me aclaré la garganta y contesté algo totalmente innecesario:

—Lámeme Cristo; es más corto y recurrente. Pero volviendo al asunto que nos ocupa, ya le digo que resulta excesivamente halagador lo que le haya contado Salvador y, yo no le creería demasiado porque somos amigos desde la universidad —intentaba bromear y romper cierta tensión que suponía se debía a mi impuntualidad, entonces añadí con voz de verdadero profesional—: Vivimos unos tiempos en que la informática y la realización de programas específicos nos ayudan enormemente en el trabajo con documentación antigua. Ahora y gracias a la tecnología de los patrones y el establecimiento de códigos que interpretan cualquier mensaje cifrado, en lo que antes tardábamos años ahora podemos hacerlo en tan sólo unos pocos días.

Salvador interrumpió mi discurso ligeramente emocionado:

—Creo que vamos a necesitar tus habilidades durante una corta temporada; en realidad, lo que necesitamos es un durísimo trabajo, en un muy breve periodo de tiempo.

—¿De qué se trata? —pregunté con el ánimo recobrado por la esperada sorpresa.

Ambos, el prior y el experto bibliotecario, se miraban y callaron intentando que uno de los dos se decidiera antes que el otro a contar el secreto que guardaban. No aguante su silencio y mi impaciencia me llevo a recordarles que no estaba allí para perder precisamente mí tiempo:

—¡Me quieren contar por favor que hago aquí!

—¡No sea impaciente! —me contestó el prior algo nervioso—. Será mejor que se abrigue y nos acompañe. Vamos a bajar al Panteón Real.

Mi confusión aumentaba por momentos. Me incorporé súbitamente y nuevamente tendí la mano al religioso, al que esta vez quería ayudar a levantarse en señal de cortesía y tratando de paliar mis formas a veces impulsivas y poco amigables. Después encabezó la expedición a través de las estancias del monasterio seguido de mi amigo, mientras yo que iba el último volvía retrasar mi marcha haciendo cábalas mentales de lo que me esperaba. Atravesamos las salas capitulares ágilmente. Pensaba si quizás el padre Fernández tenía la intención de pasar inadvertido o solo me lo parecía a mí. Enseguida giramos rumbo a la sacristía e iniciamos nuestro descenso por una primera escalera. Ya bajábamos al profundo

Panteón de los Reyes y antes de acceder, a través de la segunda escalera de mármol rosado, aprecié que estaba muy escasamente iluminada por unas recargadas lámparas de araña que hace muchos años estarían repletas de velas. Alcé la mirada y pude leer el largo epitafio que había sobre la puerta de entrada escrito en latín, el cual al traducirlo mentalmente al castellano me anunciaba:

« A Dios Omnipotente y Grande (D.O.M). Lugar sagrado dedicado por la piedad de los Austrias a los despojos mortales de los Reyes Católicos, que aguardan el día ansiado, bajo el Altar Mayor, del Restaurador de la Vida. Carlos V, el más esclarecido de los Césares, deseó este lugar de reposo postrero para sí y para los de su estirpe; Felipe II el más prudente de los Reyes, lo eligió; Felipe III, príncipe hondamente piadoso, dio comienzo a las obras; Felipe IV, grande por su clemencia, constancia y religiosidad, lo agrandó, hermoseó y terminó en el año del Señor de 1654».

Pensé lo largas que eran las contradicciones de aquellas palabras: ni Carlos V, ni Felipe II habían deseado estar justo allí donde estaban y mejor era no pensar demasiado en el detalle de lo que acababa de leer, porque como siempre las palabras póstumas no solían decir ninguna verdad a medias.

Continué descendiendo a pesar de estos pensamientos y todo mi intento de adivinar la sorpresa, bajando cada uno de los 34 escalones hasta la Cripta Real. Mis acompañantes se detuvieron en el primer descansillo, junto a las dos puertas falsas de los laterales ¡Falsas! Así lo había yo creído siempre, cuando el padre Gustavo se dispuso abrir la puerta de la izquierda. Salvador al mirarme vio reflejada aún más la incertidumbre en mi rostro y después de sonreírme dio dos sonoros golpes en la pared que sonaron a profundo hueco, queriendo demostrarme lo equivocado que estaba. El padre sin embargo no atinaba al tratar de meter la llave por la boca de la cerradura de aquella misteriosa puerta

—Esta es la cuestión —me aseguraba el religioso, demostrándome que más allá y en el otro lado había otra estancia que yo desconocía. Al final se hizo por fin con la cerradura y la empujó, entregándome a mí aquellas llaves. Me di cuenta examinándolas que una de estas sobresalía por su tipología y antigüedad. Era una réplica de la famosa maestra que portaba el primer monarca del Escorial, mi querido Felipe II y el rey al

que yo había consagrado parte de mi vida en su estudio. Este soberano solamente necesitaba dar una vuelta con su llave maestra, logrando acceder a todas las habitaciones y alguna exclusivamente se habrían para él con este sistema, en cambio sus secretarios necesitaban dos vueltas en la apertura de cualquier estancia y el resto tres. Era su manera de controlar quién podía haber sido el último en acceder a una determinada habitación en la que él entraba y una manera de evitar el acceso de quién no le interesaba. Los espías frecuentaban las cortes de Europa de aquel momento y ni siquiera algunos de los consejeros de Felipe II al final de su reinado eran de fiar.

Entramos y al superar la primera impresión causada por la novedad, pude reconocer enseguida donde estábamos. Lo llamaban los infiernos, era una habitación ligeramente abovedada que mostraba un enlucido reciente de un yeso blanco reluciente y en donde el prior encendió una linterna cerrando la puerta rápidamente nada más entrar. En un tono bajo y casi inaudible comenzaba la aclaración de mis ideas.

—Profesor San Telmo —y, entonces no tuve más remedio que interrumpirle otra vez, porque no aguantaba la pedantería de una jerarquía que ya nadie respetaba desde hacía tiempo y menos en este país.

—Llámeme Cristóbal, si el diminutivo le da tanto respeto. Ya no enseño en España por prescripción facultativa.

—Perdone Cristóbal ¿Habría adivinado que estamos en el sitio primitivo donde fue enterrado Felipe II y su padre el emperador Carlos V? Ellos querían estar justo debajo del altar mayor de la basílica. Sus cuerpos debían estar en unos simples ataúdes de madera, un humilde enterramiento muy al contrario de lo que tienen ahora y mucho menos de lo que hubieran deseado, al ser hoy visitados por miles de personas cada día. Su hijo y nieto Felipe III y Felipe IV respectivamente, no respetaron este deseo transformando la capilla de más abajo y convirtiéndola en el lugar de enterramiento que es hoy.

En las dos puertas que hay en el siguiente descansillo de esta escalera tenemos además el pudridero, de donde sacaremos a los padres del rey emérito don Juan Carlos I. Ellos llenarán los dos últimos sepulcros de los 26 que hoy están ocupados por el resto de reyes y reinas de España en el final de esta escalera, lo que hoy es el Panteón Real que todos visitan.

Teníamos que buscar una solución destinada a las próximas generaciones de enterramientos reales y esto ha sido una decisión demasiado rápida ¿Nunca sabemos cuándo nuestro señor nos llamará a su ser? Lo mismo les puede suceder a nuestros reyes de España y por esto vamos a devolver al fundador del monasterio y a su padre a su primitivo lugar de descanso, liberando dos nuevos espacios en dicho panteón. La obra de acondicionamiento ha sido realizada con discreción y en un tiempo record, lo que nos ha llevado a restaurar el acceso de esta puerta falsa, pero... la verdad, nos llevamos una gran sorpresa durante el acondicionamiento de estas paredes.

El padre miró el suelo e intentaba agacharse. Salvador se tumbó de lado y sacando una linterna del bolsillo me indicó que yo adoptara la misma posición. Iluminando las oquedades que aparecían debajo de los bancos de piedra, siendo las encargadas de soportar el peso de los ataúdes. Allí me mostraba una pequeña alhacena empotrada en la pared que había permanecido oculta con el paso de los siglos. Y justo en aquella incómoda posición, concluyó su relato el padre Fernández:

—Al tener que sanear la pared, con la finalidad de construir estos bancos de piedra y sustituir los antiguos de madera, encontramos este mueble tapiado. Se notaba que había sido obstruido adrede el hueco donde se encuentra, con gran rapidez y gran maestría para disimular lo que había dentro, confundiendo enteramente con la pared. Nuestra teoría confirma que lo hallado dentro fue escondido por un larguísimo tiempo. A lo mejor el hecho de no respetar la voluntad de los difuntos fue el que provocaría que su contenido fuera rápidamente sellado en busca de su total ocultamiento —no pude contenerme más y volví a preguntarle—: ¿Pero que habéis encontrado?

—Un precioso arcón con varios grupos documentales en su interior; dos volúmenes laboriosamente encuadernados y tres legajos —me respondía rápidamente Salvador en vez del padre, al dominar el mismo oficio que yo al hablar el mismo lenguaje científico.

No dudé entonces en contestarles con lo que era obvio:

—Bien; supongo que me habéis hecho venir para estudiar esta documentación.

—Supone bien Cristóbal —contestándome el padre—. Tenemos poco tiempo antes de finalizar la obra y debemos de comunicar el hallaz-

go al Patrimonio Nacional. Pero antes queremos saber algunos hermanos de la orden y yo, qué es lo que se escondía junto al enterramiento de dos de los más famosos monarcas de la historia de España y de Europa.

—¿Puedo abrir la pequeña puerta? —pregunté con la confianza de saber que si no lo hubiera hecho se hubieran extrañado.

—¡Claro que puede! —asentía el religioso efusivo al esperar mi pregunta— el hermano Giner es quién custodia ya el descubrimiento, aquí no queda nada como entenderá, ya que no podemos arriesgarnos a perder tan valiosa información.

Aun así metí la llave maestra en el enorme ojo de la vieja cerradura de la alacena y que en nada guardaba proporción con las escasas dimensiones de su puertita. Yo sólo quería comprobar un detalle del que estaba convencido, pese a que no me lo habían dicho todavía mis compañeros. Giré la llave y al dar una sola vuelta confirmé finalmente las sospechas. Si la puerta se abría, el único que podía haber pensado en aquel escondite era sin duda el promotor de la obra del mismo Monasterio de El Escorial y de su primitiva tumba que ahora contemplábamos. Tenía que ser el propio Felipe II, o alguien al que le hubiera confiado su propia y personal llave.

Terminada la visita me permitieron instalarme en el monasterio como un fraile más. Me iba a dedicar a lo que yo creía que sabía mejor hacer y en aquella modesta celda del convento existía todo lo necesario para realizar mi trabajo. El resto, lo que no había allí, ya lo traía yo a cuestas. Era toda mi vida, así que baje al coche a recoger mi instrumental con intención de comenzar un estudio que se presentaba con grandes interrogantes. Subí mis dos portátiles, un escáner de alta resolución y me armé de dosis de enorme paciencia, lo que debía ser más que suficiente en la tarea de desentrañar los misterios de unos papeles ocultados por el propio rey o de un servidor próximo cercano a su mismo lecho de muerte.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos nuevamente al instalar mis ordenadores. Alguien llamaba a la puerta, apareciendo otra vez el bueno de Ginés transportando un carro de libros en cuya bandeja inferior aparecía un gran objeto cubierto por una tela oscura. Imaginé que me traía el regalo que esperaba con enorme ansiedad. Al descubrirlo y ante mis ojos aparecía el arcón hallado, bueno en realidad era un cruce

entre arqueta y arcón. Pues estaba decorado como una lujosa arqueta en su desmesura de tamaño. Era de madera con su fondo de laca negra e incrustaciones de nácar y madreperla, constituyendo motivos decorativos en representación de especies vegetales, aves y animales fantásticos que se combinaban a veces con trozos dorados. Era una obra de arte, muy bella y de un valor incalculable a la que pronto le pondrían precio en una pudiente casa de subastas o acabaría en el desván de algún viejo museo. Sin duda era una pieza única de procedencia, que casi podía certificar como japonesa. Recordé entonces los contactos con los nipones que tuvo el rey del Escorial y como estos temerosos del poder del español desarrollaron un plan de autodefensa contra una posible invasión desde Filipinas por las fuerzas de Felipe II. Este rey probablemente recibiría el arcón decorado como una arqueta en forma de regalo, al ser ofrecido por algún embajador, así como varias armaduras samuráis que hoy todavía se conservan en el Palacio Real de Madrid.

Me preguntaba: ¿Por qué habían usado este recipiente? Normalmente se reutilizaban como un enorme contenedor de reliquias. Y claro, reliquias son precisamente lo que más abundaba en el Monasterio, siendo este uno de los mayores almacenes de objetos de veneración cristianos de la humanidad. ¿Tenían un carácter religioso el contenido de aquellos papeles que guardaba el bello contenedor? Era el momento de extraer lo que había dentro y empezar a buscar respuestas.

Los dos libros que extraje cuidadosamente tenían una sencilla y excelente encuadernación, cuyas tapas estaban cubiertas por piel marrón cosida a la griega sin estampaciones ni dibujos y tan solo con un lema impreso en la portada: «*Colit Ardua Virtus*». Lo entendí al instante, porque era uno de los lemas principales de juventud de Felipe siendo príncipe, lo que vendría a ser toda una declaración de intenciones con respecto a sus aspiraciones en el inicio de su reinado. La traducción de estas palabras era: «La virtud se esconde en la dificultad».

El fraile que seguía a mi lado me devolvió a la tierra al comentarme: —¡Hay más profesor! Busque en las otras bandejas.

Agarre los tres legajos que había y varios pergaminos sueltos cuidadosamente atados. Ginés se despidió y me dispuse abrir el volumen más grande, reconociendo enseguida los primeros caracteres cifrados. Lo más fácil sería digitalizar los primeros textos y que el programa de

reconocimiento empezara a familiarizarse con la criptografía que iba encontrando.

El espionaje era algo muy habitual en el reinado de Felipe II. El rey español buscaba asegurar sus comunicaciones con una enorme red de informadores que él creó y cuyos ojos y oídos le aportaban información de primera mano, desde las Filipinas a los territorios americanos y por supuesto en toda Europa. Por esto y para comunicarse con sus gobernantes y servidores fieles que estaban fuera de Castilla, el rey usaba en sus despachos un sistema nuevo y muy seguro conocido como la Cifra General, un complicado sistema de codificación de los comunicados más importantes. El caso de su desciframiento fue parecido al de la máquina Enigma y los mensajes de los Nazis en el siglo XX, un asunto que volvió locos a los aliados hasta que estos fueron capaces de traducir su clave secreta. Esto ocurrió solamente casi al final de la II Guerra Mundial. En comparación Felipe II, 450 años antes tuvo el mismo problema, su Cifra General que creía segura fue desvelada, en esta ocasión no lo solucionó una máquina pero si un hombre: el matemático francés llamado François Viéte fue el que lo lograría. Felipe comenzó a sospechar algunas veces de sus enemigos, al adelantarse a sus planes de un modo casi premonitorio, aunque confiado en la inviolabilidad de su clave la continuó usando hasta 1590, año en que se confirmaron finalmente sus dudas. En ese año el rey francés Enrique IV hizo pública una carta codificada de un miembro del gobierno español dirigida al propio Felipe, donde se detallaba una trama que quería destronarle del trono. El monarca de España no podía creer que una persona humana hubiera sido capaz de descifrarla y pensó que fue conseguido utilizando los males artes de la magia y brujería. Por este asunto, Felipe II no dudó en denunciarlo ante la máxima figura de la cristiandad que era el Papa.

Éste tipo de clave utilizada en la documentación descubierta por mi amigo Salvador y el prior, sólo me revelaba un importante asunto sobre aquellos papeles: el de haber sido escritos después de 1590, ya que el rey murió ocho años después y no se atrevió a utilizar más el sistema de la Cifra General. Por lo tanto el código era nuevo y en parte desconocido para mí. El sistema O.C.R. examinó las 50 primeras páginas del primer libro en tan sólo 5 minutos y resuelto que aquél complicado código, el cual hubiera costado casi otros 35 años en descifrarse a los enemigos del

soberano español de no poseer la tecnología del siglo XXI que yo estaba utilizando. Ante mí aquellos textos prometían desvelar importantes secretos de estado. De otra forma no habría otra razón para ponerlos ante tan buen recaudo. Es lo que pensaba yo al pasar la primera y amarillenta página del primer tomo, comenzando a transcribirla al mismo tiempo que comparaba el resultado del análisis en la pantalla de mi ordenador portátil. El desplegable intermitente en su pantalla me anunciaba que el texto ya estaba listo para ser leído. Empecé a interpretarlo en el segundo ordenador, ya con cierto sentimiento del que viola la intimidad de lo desconocido y realiza el sacrilegio de ver y entender lo que nunca debería haber sido desvelado.



CAPÍTULO 2

EL CRONISTA

San Lorenzo de El Escorial, a 26 de junio de 1591

Mi nombre es Luís Cabrera de Córdoba y soy el humilde criado de su Majestad Católica el Rey don Felipe Segundo nuestro señor. Comienzo aquí el relato de los hechos y sucesos que me llevaron a poner mi pluma al servicio del rey, y en una última misión que con gran prudencia y juicio no ha terminado aún, pues ha de llevarse a cabo por mi persona y en los siglos venideros.

Hace tres días que el monarca me requirió en su presencia y como acostumbraba saber personalmente de todos los asuntos que él me había encomendado, pensé que me pediría cuentas del estado en que se encuentran sus montes, bosques y caminos aledaños a éste Monasterio de San Lorenzo de El Real. Es negocio que trata a menudo el rey cuando se instala aquí, en el principio de la temporada de verano, en éste que es su lugar predilecto de descanso. Nunca me había requerido en persona, siendo la primera vez que me daba audiencia. Normalmente toda cuenta suele ser a través de mi padre que ostenta un cargo mayor por encargarse de supervisar los transportes y carruajes, los que hacen su entrada y salida continuamente en el propio Monasterio y porque solamente padre tiene ese privilegio, el de recibir audiencia de su Majestad en persona. He de decir en mi favor que desde hace solo tres estaciones, yo he de responder de la conservación del paraje natural aledaño a esta corte. Mí cometido es el de guarda mayor de estos términos, tarea nada fácil, pues son numerosos los enemigos con piel de cordero que deambulan por estos lugares.

Más no debía hacer esperar al rey más poderoso de la cristiandad, por trabajos tan mundanos como los que desempeñaba en ese día, y al recibir la orden del guardia de palacio, espoleé mi caballo dejando de lado una persecución que trataba en aquellos momentos y que consistía en atrapar a unos furtivos que diezmaban la caza en los bosques reales.

Después de llegar al Patio de los Reyes y al dejar la cabalgadura que montaba, fui registrado y abandoné mi espada en el armero de guardia antes de acceder a las estancias reales. Me acompañó otro soldado a través de la biblioteca. Estaba sorprendido por la rapidez con la que se me requería y que casi no me había permitido aderezarme, aunque agradecí el paso por la zona donde practican los estudiosos y los escribanos tomando notas de los viejos pergaminos de aquella biblioteca y de esta manera pude evitar mi indecorosa presencia en la sagrada zona de la Santa Basílica.

Esperándome en la puerta de la sala estaba don Juan de Idiáquez, que me saludo gentilmente en un tono inaudible e insólito para él, hombre que suele ser discreto solo de puertas hacia adentro. Me miraba inspeccionándome de arriba hasta abajo, mientras mascullaba lo que me iba a decir. Y supongo que no se lo pensó dos veces al ver el aspecto que llevaba, tan poco conveniente en la corte y muy de profesar mis labores. Ya me habían dicho que la urgencia del asunto era prioritaria antes que el decoro para su majestad. A pesar de la idea generalizada por la que el rey no atendía a razones de estética cuando urgía el asunto. Realmente era verdad que estaba hecho un asco y el reluciente jubón negro de don Juan de Idiáquez contrastaba con mi capa embarrada. Después de mirarme mucho el consejero no aguanto más y dejó de mesarse su barba sobre la que pendía su también horrible nariz aguileña. Y me escupió unas palabras de advertencia, acompañándolas de otra forzada sonrisa, la que siempre desprendía desde su torcida mirada. Una mirada que le dominaba todo de el rostro y ante la que era imposible ocultar algo:

—Maese Cabrera, el rey os espera con impaciencia. Ha dado orden para que nadie os acompañe en esta audiencia, ni siquiera un escribano. Por vuestro bien y el de su majestad me mantendréis informado en todo lo que podáis necesitar ¿Lo haréis?

Con la soltura que me había procurado el tratar a menudo con personajes de aquella corte, le di una respuesta que le dejaría todavía un poco más intranquilo.

—Vuestra merced sabe, acerca de lo que sea menester en lo referido a esta primera conversación con el rey, que yo le avanzaré siempre en todo aquello que sea digno del interés de su persona.

—No sabéis cuanto celebro tan adecuadas palabras en alguien tan joven y que su majestad parece tener estima. Espero que esta colaboración nos de sendas alegrías a los dos. Y ahora pasad y no hagáis más esperar a nuestra Católica Majestad.

La puerta de La Sala de Batallas se abría al unísono, tras la orden que dio el Secretario Real con el que tan amables palabras acababa de cruzar. Accedí entonces a la ilustrísima sala, el lugar donde estaban recogidos algunos de los grandes hechos gloriosos de la historia de España y del rey Felipe. Y justo en el extremo opuesto se hallaba el propio rey contemplando la visión de una de aquellas imágenes representadas en sus paredes. Había donde elegir en todo aquel mural que es un inmenso lienzo, donde minuciosamente se pueden apreciar las contiendas que procuraron tanto honor y gloria a nuestra católica majestad. En cambio, otras pinturas que formaban en la otra parte el inmenso mural, se referían a la Reconquista mostrando batallas de las guerras contra los Moros libradas por Castilla. Aquél es un momento de la historia de los que más gusta a nuestro monarca y por eso quiso que también fuera representado en las paredes junto a sus victorias.

Me acerqué presto y decidido hasta el rey. Hincó la rodilla en el suelo y le hice la reverencia como corresponde, esperando me permitiera besarle la mano. El soberano continuaba absorto en su examen de la pintura, respondiéndome sin dejar de mirar las pinturas en cuando notó mi presencia:

—¡Joven Cabrera levantaos! No tenemos tiempo para pleitesías. Contemplad cerca de mí este episodio, al verlo plasmado en el muro que me acompaña. Vuestro abuelo y tío estuvieron allí a mi lado, teniendo el honor de ser los primeros en alzar la bandera en señal de la victoria, cuando conquistamos la hermosa ciudad de San Quintín. Fueron unos fieles servidores que también tuvieron la mala fortuna de dejarse la vida aquel mismo día. Y todo debido a su arrojo y valentía ¡Téngalos Dios en su seno! Su sacrificio lo recompensé cuando llamé a vuestro padre Juan a mi corte, él también ha hecho gala de vuestro linaje y ahora vos seguís el mismo camino de honor, trabajo y sacrificio.

La melancolía del rey en aquellos años de infortunios me dolía. A veces escuchaba en las calles de Madrid a su pueblo que le criticaba en exceso. El rey había permanecido demasiado tiempo aislado del mundo y esto no le favorecía ante los que le calumniaban.

Tuve entonces el valor de alzar la mirada y levantar mi cuerpo. Delante de mí veía a un hombre consumido por el esfuerzo y la tenacidad de quién todo lo quiere pero no todo lo puede. Vestía su acostumbrado luto y ese día caminaba sin apoyarse en ningún bastón. La enfermedad le había castigado en varias de sus versiones, alternando periodos de bienestar con otros de dolor. En este momento parecía gozar de buena condición y la cercanía que me permitió ese día, desembocaba en mí un irrefrenable ánimo, llevándome a hablarle con toda la franqueza, entre otras cosas de lo que creí que no sabía y pensé que debía de conocer. Más tarde llegué a pensar de veras que él me lo agradeció como solo puede hacerlo un rey; con más trabajo, más labores encomendadas y con más riesgo para mi ventura. Pero eso sí, buscando siempre el bienestar de la corona y del reino.

Recuerdo aquella primera conversación con él cada día y como al principio ignoraba mi presentación y continuaba hablándome del tema de las pinturas, sin importarle otra cosa. No tenía muy claro lo que pretendía decirme:

—Espero que esta imagen de San Quintín a vos pueda ilustraros. No es un pequeño ejemplo de la representación de un acontecimiento histórico que intenta plasmar la realidad de lo acontecido, en realidad es un espejo de virtudes destinado a las generaciones que me sucedan y no tengan más remedio que ver la gloria a la que deben aspirar. Debe de ser una lección de historia también para mi hijo el príncipe Felipe que será mi sucesor.

»Veréis en esta pintura que a pesar de todo los esfuerzos por recrear lo veracidad de los hechos, ya estos han sido superados por la egolatría de los artistas queriendo dejar su sello al realizar estas imágenes

»¡Acercaros junto a mí y verlo! Lo podéis detectar fácilmente y no creáis todo lo que podéis ver aquí, pues hay en las pinturas damas de corte paseando con sus señores y torneos o justas de caballeros mezclados con la lucha de los ejércitos ¿Quién se puede creer todo esto? La guerra en realidad no es nada idílica, lo aprendí justo allí en San Quin-

tín. La guerra es lo peor de los hombres, pero a veces y a pesar de ser injusta es muchas veces necesaria. Yo solamente quería que los italianos que contraté para pintar estos hechos, lo hicieran tal y como el pintor de batallas maese de Las Viñas lo hizo, al presenciar todo junto a mí en aquella memorable jornada. Incluso les hice firmar a los pintores un contrato y que por desgracia no han cumplido ¡Veis la incompetencia de los que me rodean! ¡Al final siempre tengo que estar detrás de cada asunto! Unos pintores que se comprometieron a seguir la fidelidad de los cuadros originales y al final... al final, tampoco pudo ser ¡Han hecho lo que han querido!

»Bueno dejemos este asunto y habladme ya. Decirme que pensáis de todo esto.

—Majestad no soy entendido en la materia, solamente sé que la vanidad de los hombres forma parte de su propia historia y por eso se haya representada. Yo no me siento mejor que esos artistas a los que vuestra majestad contrató, aunque estoy lleno de dicha por vuestra consideración hacia mí, que debe ser la de permitirme daros cuentas en persona de los asuntos encomendados sobre la guardia y custodia de vuestros bosques reales. Debéis saber que naturalmente estoy dispuesto en todo lo que determinéis. Actuaré con honor y siempre con la prudencia y medida necesaria en los trabajos que me encomendéis. Y sé que solamente Vuestra Majestad ha de determinar si respondo con la eficacia y valentía necesaria con respecto a lo que me pueda confiar.

—Buen Cabrera, vuestra buena disposición os honra. No os llamo para pedir os cuentas de vuestras obligaciones, porque ya estoy al tanto de ella. Pero... sé de veras que os aplicareis en las tareas que tengo previstas para vos. Ahora acompañadme a mis aposentos ¡No tenemos tiempo que perder! Estas bellas paredes son además traicioneras y siempre oyen más que hablan.

El hombre más poderoso del planeta caminaba despacio. Le seguí con emoción y para mis sorpresas me permitió entrar en su humilde intimidad, y allí fue donde encontré al ser humano que contenía al rey, en vez del riguroso soberano al que todos conocían. Se sentó en un sillón con banquetas junto a su austero despacho y puso la pierna derecha en alto disimulando su dolor por la gota. Junto a él, y en aquella mesa plagada de papeles había un estante, un tintero y una carpeta; también

pude ver algunos libros y un reloj candil. Un capricho que encargó a un afamado relojero y orfebre flamenco residente en Madrid. Todo este mobiliario se encuentra en la salita oratorio contiguo a su dormitorio y desde allí escuchábamos el sonido de la Eucaristía entrando por una ventanita abierta, esta le permitía asistir al oficio de manera preferente y con vistas al altar mayor. Me indicó que me acomodara en el sitio que sus secretarios solían utilizar en la redacción de los dictados de sus cientos de despachos diarios.

Permanecimos en silencio hasta que el oficio finalizó. Ordenándome que cerrase la ventanita y retornara a mi sitio. Fue entonces cuando comenzaba a demostrarme una confianza insospechada, la misma que puede ofrecer un buen padre al hijo que se va abriendo camino y está empezando a buscarse la vida en este corrupto mundo.

—Os voy hacer un encargo con unas instrucciones claras y concisas, las que repito: creo de veras cumpliréis a la perfección. En primer lugar acudiréis durante mis periodos estivales en unas cinco ocasiones y que os serán demandadas con cautela en los momentos que mis obligaciones me permitan atenderos. Escribiréis tal y como os dicte, ciertos episodios importantes de mi reinado donde se suceden algunos hechos fundamentales para ser recordados. Dichos documentos quedarán aquí bajo mi custodia y serán guardados celosamente en lugar secreto. Espero que en los tiempos venideros algunos estudiosos o grupos de estos los traten con la mirada justa que merece examinar el pasado. Lo hago buscando que se me juzgue con la distancia necesaria, la que permita valorar estos acontecimientos con la debida justicia. Solamente quiero que con el tiempo prevalezca la verdad y no los infundios que ya algunos escriben sobre mí. Porque el rey siempre obra y decide por la gracia de Dios y esto a veces nadie lo entiende ni se comprende.

»¡Bien! Decidme que os parece el encargo, pues sé del don de letras que tenéis por las noticias de vuestro padre don Juan.

—Es un inmenso honor el que me permitís majestad y me gustaría ser sincero y deciros que mis letras no pueden superar el encargo que disteis a don Antonio Herrera de Tordesillas, vuestro cronista oficial. El cual ha llegado a mis oídos que confecciona una historia general del mundo donde vuestra biografía es primordial.

—Maese Herrera tiene otra misión que le han encargado mis consejeros. Debe de escribir una historia oficial que combata las obras inmundas escritas por mis enemigos en contra de mi persona. En sus escritos más parezco un santo que un rey. Y lo hace para combatir entre otros a ese ingrato traidor y hereje llamado Guillermo de Orange. En su libro de propaganda me ha convertido en un demonio, un asesino y un tirano a los ojos de mis súbditos. Sin olvidarnos de los últimos acontecimientos en Zaragoza, donde un villano, al que trate con la máxima dignidad en el seno de mi corte, ha puesto contra mí a toda esa desdichada ciudad y a casi todo un reino. Porque saber que una urbe que cree a un maquinador, a un felón, a un conspirador y creador de mil injurias antes que, a su rey, bien merece el castigo más estricto por revelarse. La turba que asesinó al marqués de Almenara, que en gloria esté, pagará por ello.

La traición de su secretario Antonio Pérez y la revuelta sucedida por su encarcelamiento a manos del Santo Oficio en Zaragoza estaba muy reciente, solamente había pasado un mes de ello. El asunto tenía al rey totalmente enajenado y se mostraba contundente en sus afirmaciones, parecía que estaba dispuesto a no permitir que le volvieran a desafiar así sus vasallos aragoneses. Dicen además las malas lenguas que estaba preparándose para lo peor. Entendí por tanto que debía cambiar el tema de la conversación, aunque no lo hice aposta. Necesitaba prever lo que iba a suceder. Mi trabajo de cronista había comenzado sin saberlo, por lo que le pregunté:

—¿No dejará de poner en entredicho a su majestad tomar el camino más severo?

—Recordar siempre que estáis aquí, porque habláis y actuáis con franqueza. Y así siempre debe ser, si queréis ser un buen cronista y aclarar las dudas de todos vuestros escritos con respecto a lo que yo os dictaré. Sí...ese es mi gran temor, el tratar de evitar que en el corazón de España pueda surgir otra rebelión como la de Flandes. Actuaremos desde el principio sin concesiones y con la contundencia necesaria. Mi padre el emperador que en gloria esté, ya las hacía en su momento en sus territorios de Alemania y permitió que el resurgir de la herejía le consumiera. El desacato de aquellos príncipes alemanes fue el comienzo de su fin y la mayor de sus penas. Porque debéis saber que cuando yo accedí al trono, vencer a Francia era mi principal preocupación con el

fin de poder regresar cuanto antes y comenzar a gobernar en Castilla. ¡Y no lo dudéis! Holandeses, valones y flamencos, siempre han sabido sacar la mejor tajada ¡Todo siempre ha sido una cuestión de dinero y no tanto una cuestión de fe! Recuerdo como desde el principio los nobles de estas tierras buscaban que les concediera gracias y fortunas, a cambio de su colaboración en la defensa de sus tierras. Pero solamente pretendían escarnecerse de mí, para ellos era un rey al que consideraban en las patrimoniales tierras que me legó mi padre, un extranjero. Muchos de estos oportunistas que pretendían dinero y riquezas, se inventaron sus propias causas y mentiras aliándose con la herejía para lograr un mayor beneficio en su deslealtad.

»Por todas estas razones tenéis el privilegio que yo os daré, el de tomarme nota en mis dictados y reflexiones. Pero mejor sería con buena razón, la de empezar por el comienzo de toda la historia de mi reinado. Haremos orden en los hechos que os relataré y seguiremos cierta cronología de mi gobernanza, aunque ya sabéis que yo llevaba más de 13 años anteriormente realizando tareas más de rey que de príncipe, sobre todo ante las perturbaciones mentales de mi padre y señor el emperador. Empezar pues tomando notas de la guerra que preparé y se libró en San Quintín en aquellos años de mi matrimonio con la reina Maria de Inglaterra, siendo yo soberano en aquel reino que es hoy el más traidor enemigo de la cristiandad y de España. Solo una advertencia más; yo cifraré vuestras letras y quemaré los originales. Ninguno de los secretos que aquí hoy comienzo a desvelaros y en los sucesivos días os trasladaré, nunca deberán trascender al pueblo o a mis consejeros en los tiempos actuales. Recordar que son destinados a los estudiosos de la historia en un futuro bastante lejano.

»Ya sabéis lo que me cuesta esto y en qué manera he sufrido la traición. Os repito que confíe una vez en un hombre que todavía hoy se llama Antonio Pérez, colmándole de mercedes. En él veía al más fiel servidor como fue su padre Gonzalo. Ahora vuelvo a depositar mi confianza en otro hijo que sucede a su padre y al que estimo tiene gran reputación. No quiero volver a equivocarme con vos y que el asunto se repita nuevamente. Así que demostrarme en todo momento que estáis a mi lado y obtendréis incluso licencia para publicar vuestra propia historia de mi reinado, pero siempre cuando yo abandone este mundo. También

ya os aviso que si osáis volveros contra mí, os garantizo que conoceréis la justicia del altísimo a través de mis actos.

—Majestad os doy mi palabra. Yo solamente vivo para serviros y no conozco mejor recompensa que la de acometer con virtud los trabajos que me conferís, porque de esta forma realizo lo que más deseo en este mundo. Os digo que además tengo la mayor de las dichas gracias a vos mi señor, pues tengo la suerte de habitar en el mejor de los lugares bendecido por las manos de Dios. No necesito, ni busco mayor fortuna que la de seguir guardando con celo estos bosques, montañas y jardines de San Lorenzo El Real. Es aquí donde está el mejor tesoro que todo hombre puede desear.

—Celebro vuestras hermosas palabras. Los tiempos y los hechos hablarán por sí y os darán u os quitarán la razón. Mojar ahora vuestra pluma y empecemos ya. Comenzar por sentir como yo la humedad del viejo Londres, pues empezamos allí nuestro viaje juntos, don Luis Cabrera de Córdoba.

